

# BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE

MARISOL GÓMEZ GIRALDO<sup>1</sup>

En lo profundo de las selvas del Caquetá, donde imperó por muchos años la coca, y el Ejército lanzó una ofensiva para desterrar a una guerrilla asentada allí desde hace décadas, una comunidad del Caguán decidió apostarle a la paz y al desarrollo a través del chocolate. Esta es la historia de Chocaguán, una de las organizaciones ganadoras del Premio Nacional de Paz en 2004.

<sup>1</sup> Magister en Ciencias Políticas de la Universidad de los Andes y Comunicadora Social-Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Actualmente es editora del Primer Cuadernillo del diario *El Tiempo* y editora de Paz. Especialista en temas políticos y de conflicto. Analista en *El Tiempo* Televisión y *Citytv*. Autora del libro *Desterrados, cicatrices de la guerra en Colombia*. Coautora de los libros *Años de fuego* y *Crónicas de Secuestro*. Ganadora del Premio de Periodismo Simón Bolívar en el 2007 con un trabajo colectivo y ganadora del CPB en el 2005 y el 2006, también con trabajos colectivos. Ha sido profesora de periodismo en las universidades Pontificia Bolivariana de Medellín y Pontificia Javeriana de Bogotá y tallerista en la Universidad de los Andes, en la Universidad Sergio Arboleda, el Proyecto Antonio Nariño y la Corporación Medios para la Paz. Además, tutora de periodistas en la Fundación Nuevo Periodismo Gabriel García Márquez en el proyecto de formación para el currimiento del proceso de paz con las FARC que tiene lugar en La Habana.

Una traición o quizás un fantasma errante, nadie sabe a ciencia cierta qué desterró de las tiendas de Remolino del Caguán el chocolate de empaque rojo que todos querían comprar porque los llenaba de orgullo. Lo han visto muy poco en las estanterías de este lejano caserío del Caquetá, de sobrevivientes de las turbulencias de las FARC y de la coca, desde que Rubén Darío Betancur, el presidente del comité campesino que lo sacaba al mercado, cedió otra vez al espejismo del polvo blanco.

En marzo de 2006 el fantasma de la coca, que había reinado durante veinticinco años, aún vagaba por las veredas, tentando a los campesinos. En esa ocasión Rubén Darío cayó vencido. Terminó escondiendo nueve kilos del polvo entre las cien cajas de chocolate que sus compañeros —ex cultivadores de hoja de coca que se habían convertido en cacaoteros— embarcaron ese mes como un nuevo testimonio de que en sus tierras crecía cacao.

Rubén Darío navegaba ya distante de Remolino sobre las impetuosas aguas del río Caguán, con la coca y el chocolate, cuando sintió el peso de la traición, o del fantasma errante. Nadie sabe. Se vio frente a los soldados de la Infantería de Marina, detenido y con el cargamento de chocolate también decomisado. Estaba junto a Peñas Coloradas, otro caserío del bajo Caguán que, a diferencia de Remolino, se dejó morir en el 2004 cuando empezó en la zona una operación militar de gran envergadura —el Plan Patriota— y se llevó a la ama y señora del lugar: «Sonia», la guerrillera de las FARC detenida hoy en Estados Unidos.

La muerte de Peñas Coloradas, que desde el río se ve colgando de una pendiente con sus casas, tiendas y cantinas cerradas,

era un destino que Remolino no quería repetir. Lo había dicho Rubén Darío, los demás cacaoteros y los ocho mil campesinos que lograron echar raíces allí, a diferencia de los miles y miles que pasaron por el caserío cuando hubo bonanza, y cuando las FARC mandaban; y que después se fueron.

Remolinos tiene su historia. Desde ese pequeño puerto ordenaron las marchas cocaleras en 1996. Ahí negociaron en 1997 con José Noé Ríos, asesor de paz del presidente Ernesto Samper, la entrega de sesenta soldados secuestrados en las Delicias un año antes. En ese lugar acordaron con Víctor G. Ricardo, en medio de la campaña presidencial de 1998, el encuentro entre el ex presidente Andrés Pastrana y «Manuel Marulanda», que condujo al después fracasado proceso de paz del Caguán.

Los campesinos que se habían arraigado en Remolinos estaban dispuestos a mantenerse allí. Sin los guerrilleros, sin los narcotraficantes de Medellín y Cali, que a finales de los setenta los ilusionaron con la hoja de coca; sin ese Estado distante, que durante treinta años sólo se dejó ver ocasionalmente con ataques militares. Por eso habían llenado los campos con las semillas de cacao que desde 1989 el padre Jacinto Franzoi empezó a entregarles.

Al misionero italiano que tanto los acompañó no pudieron retenerlo para siempre allí. Un día cualquiera, cuando la plaza, las cinco calles y el muelle de Remolino quedaron en tinieblas, como ocurre cada noche a las diez cuando se apaga la planta de la luz, el padre Jacinto se fue a la cama decidido a que el Comité de Cacaoteros, o Chocaguán, siguiera su destino, sin él. El país había conocido a Chocaguán en 2004, cuando ganaron el Premio Nacional de Paz por su batalla contra la coca. Batalla que el padre había acompañado durante dieciocho años, remolcando el proceso cuando se detenía y ahora veía apagada la fábrica de chocolate, porque alguien se fue tras el hechizo coquero.

## CARTA DESDE LA CÁRCEL

El padre Jacinto llegó a Remolinos del Caguán a mediados de los años ochenta, cuando en los domingos de mercado el único producto que se vendía y compraba en abundancia era la coca, y cuando el hoy solitario río Caguán parecía una autopista en un día de tráfico, porque llegaban los narcos en decenas de lanchas rápidas. Remolinos llegó a producir para ellos y para las FARC ochenta toneladas de base de coca cada semana.

«Hasta aquí llegué yo», le oyeron decir los campesinos al padre Franzoi en marzo del 2006. Pero dejó su sueño pegado en una pared de la casa cural de Remolinos y a él se aferraron los cacaoteros: *Oggi la Colombia esporta droga. Domani ci porterá cacao. (Hoy Colombia esporta droga, mañana exportará cacao)*. Se lo saben de memoria en español. También Rubén Darío.

Cuando el chocolate que le decomisaron a Rubén les fue devuelto a los campesinos de Chocaguán, ya estaba dañado. El Presidente del Comité de Cacaoteros, desde la cárcel de Florencia, pidió perdón. El padre Jacinto y los campesinos leyeron una carta donde escribió su contrición, mientras se preguntaban qué fuerza extraña los empujaba hacia abajo, cuando ellos estaban empujando hacia arriba.

Perdidas las cien cajas de chocolate, que iban para las tiendas de Florencia y las estanterías de Carrefour en Bogotá, esperaron la cosecha de otras plantaciones de cacao que se disputaban las tierras de Remolinos con la hoja de coca. A la sede de Chocaguán llegó al fin, en noviembre del 2006, el anuncio sobre los nuevos frutos.

La fábrica volvió a prender la descascarilladora, la mezcladora y la empaquetadora, y un nuevo bote zarpó ese mes con otro cargamento de chocolate. Las aguas del río Caguán se lo tragan.

Juan «Picao», el capitán, no pudo hacer nada cuando zozobró, después de haberse chocado con una piraña de la Armada. Eso decía la noticia que llegó al muelle de Remolino, pasó por las tiendas, las calles, las fábricas, y terminó en la casa cural, donde el padre Jacinto, que seguía sin perder de vista a los cacaoteros, se llenó de amargura. Otros dieciséis millones de pesos de Chocaguán se habían deshecho en el inmenso río, pero esta vez no

había de por medio pecado de sus campesinos. ¿El fantasma de la coca que se negaba a irse? Quizás.

Otro cacao dio frutos en enero del 2007, pasó por la fábrica para ser convertido en chocolate y el bote que lo sacaba de Remolino también se fue al fondo del río.

### LA SOMBRA DE OTRO FANTASMA

Con injertos, los campesinos habían logrado reducir a dos los tres años que demoraba en cosechar el cacao. Pero la victoria del grano sobre la hoja de coca sólo llegaría cuando más plantaciones espantaran la posibilidad de una hambruna. Con los naufragios, esa posibilidad se hacía más remota, pues así como el chocolate no pudo remontar a Cartagena del Chairá, el municipio al que pertenece Remolinos, tampoco se pudieron traer de vuelta los insumos que harían crecer la fábrica de chocolate.

Por eso, aunque todos querían ahuyentar la persecución y las desgracias que dejaba la coca, y aunque los militares de la Brigada Móvil 22, instalados desde mediados del año 2006 en Remolinos, erradicaban los cacaos y restringían la gasolina y el cemento para evitar que procesaran la hoja; los campesinos, incluso algunos cacaoteros, encontraron la manera de convertirla en polvo blanco.

Con matas y malezas de la Amazonia reemplazaron la gasolina y el cemento y sacaron por trochas uno que otro kilo de coca para conseguir «la remesa».

Arrinconados, pero presentes, seguían por esos caminos selváticos los hombres del «Negro Mosquera», el jefe de las FARC que a comienzos del 2009 le entregó a la senadora Piedad Córdoba tres policías y un militar secuestrados. Mosquera era el que más cerca permanecía de Remolinos, ya que las operaciones militares habían desterrado de allí a «Joaquín Gómez» y a «Fabián Ramírez», miembros uno del Secretariado y el otro del Estado Mayor de las FARC.

Los guerrilleros seguían pasando por las casas de los campesinos que vivían más lejos y, como siempre, preguntaban por

todo y daban órdenes. Allá, en la soledad de la selva, era imposible decir «no», como se hizo muchas veces en asambleas en Remolinos, provocando la ira de las FARC. Allá no era posible la rebeldía que este atormentado pueblo aprendió del padre Jacinto, según dice el actual párroco del caserío, Angelo Casadei.

La sombra de las FARC, igual que el fantasma de la coca, perseguía a los campesinos y perturbaba a los militares de la Brigada Móvil 22. Y un día de mercado de mayo de 2008 se posó con toda su oscuridad sobre el centro del caserío. La gente comenzó a sentir que, “a tientas”, los soldados se llevaban a campesinos, comerciantes y tenderos. Los militares decían que estaban cumpliendo con la orden de captura de varios supuestos guerrilleros. Se llevaron a veintisiete personas. Tres eran cacaoteros.

El padre Jacinto esperaba a prudente distancia que los campesinos demostraran solos lo que habían aprendido de las desventuras de la coca, no pudo contenerse y salió de la casa cural cuando ya por la plaza y las calles de Remolinos reinaba la confusión. Pero no pudo hacer nada. El helicóptero que llevaba adentro a los detenidos se perdió en el cielo del Caguán.

En ese momento, él mismo fue acusado de auxiliar a las FARC. Poco después, ante la Fiscalía de Bogotá, no sólo respondió por él, sino que dejó constancia de que se estaba cometiendo una injusticia con casi todos los campesinos que habían hecho prisioneros.

En Remolinos la vida parecía acabada. De los directivos de Chocaguán sólo quedó Miller Ramírez. Los demás se fueron por miedo o cansancio. Y por orden de sus superiores, Franzoi regresó a Italia, decepcionado.

*Que quede en la memoria la historia de verdaderos protagonistas de páginas de heroísmo y cobardía, que para otros no fueron más que delincuentes hasta el punto de capturarlos y condenarlos, me escribió el padre Jacinto después desde Italia, cuando supo que yo volvería al bajo Caguán para contar qué había pasado cinco años después con los campesinos que habían merecido un Premio Nacional de Paz.*

## «EL NOBEL» NO PASARÍA EN VANO

Entre las máquinas frías de la fábrica de chocolate y entre los muebles de la casa de puertas de madera y vidrio que se ve como una de cuento entre las de tabla y zinc de Remolino, seguían intactos los letreros que dejó el misionero italiano, que enseñaban que *el supremo arte de la guerra es dominar al enemigo sin luchar (sin combatir)* e invitaban a *vivir, pensar, trabajar y formarse como cacaoteros*.

Nadie pasaba por las puertas cerradas de esos dos lugares, sin sentirse orgulloso de que un grupo de campesinos hubiera hecho conocer en el país a ese pueblo ignorado, que había sufrido las guerras del Estado contra las FARC y los narcos.

Por eso, otros quisieron unirse a la siembra de cacao. Rubén Darío Montes, Jairo Ortiz, Hubernei Espinosa, José María Córdoba, Miguel Caicedo y Cielo Quintero decidieron acompañar al único sobreviviente de la junta directiva, Miller.

Con los días regresaron los tres cacaoteros que habían sido capturados. Al igual que a otros tenderos y comerciantes, no les probaron ninguna relación con las FARC. Hasta José María, que asumió como secretario de Chocaguán y a quien dijeron haber visto en una lista de futuros capturados, decidió quedarse: *A veces me pregunté si me iba, si me quedaba, pero confié en Dios, en la gente que me distingue y en la Parroquia*.

Para los campesinos, «un premio Nobel», como llaman al Premio Nacional de Paz, no pasa en vano, y las semillas de cacao tienen que seguir creciendo mientras la coca se marchita. Aseguran que ya se acabó un noventa por ciento de ella.

El padre Angelo se convirtió en el veedor del trabajo de Chocaguán, el mismo cargo que tenía el padre Jacinto, y Rodrigo Veláidez, un asesor agropecuario que los acompañó desde el comienzo, volvió a ser consejero del grupo. Pero la deuda de treinta y dos millones que habían dejado los naufragios y también malas administraciones, mantenía cerrada la fábrica de chocolate. Tanto las FARC, desde las sombras, como el Estado, deseoso de ser reconocido, ofrecieron dinero para que Chocaguán no muriera. La situación era tan grave que el grano que salía en el 2008 ni siquiera podía ser comprado.

Un jefe guerrillero les ofreció sesenta millones, convencido de que los cacaoteros habían olvidado el mensaje del padre Jacinto. *Él nos enseñó dignidad e independencia y no recibimos esa plata*, dicen ellos. Tampoco recibieron los cincuenta millones que ofreció Acción Social de la Presidencia, porque a cambio pedía que los cacaoteros garantizaran que nadie más iba a sembrar hoja de coca en Remolinos.

Ellos contaban con que ya muchos campesinos estaban sembrando yuca, maíz, arroz y frutas como el arazá y el noni, como en los tiempos en que nació el caserío en 1977. También sabían que otros ya tenían comiendo pasto a las vacas y los terneros donde antes crecía coca. Pero la hoja sólo será historia cuando esos cultivos y ese ganado garanticen plenamente la vida de la gente, dicen ellos.

La sustitución gradual y voluntaria de la coca ha sido un punto de honor para Chocaguán, organización en la que los increíblemente comenzaron a creer en el 2009, cuando el cacao ya tenía aseguradas doscientos ocho hectáreas en las tierras de noventa y siete campesinos.

Veinte años después, mientras la fábrica de chocolate reabría sus puertas para volver a comprar el cacao. Los campesinos hacen con él en las tiendas el trueque que hicieron con la coca en el pasado. Lo cambian por panela, azúcar, aceite o sal. *Una hectárea de coca nos dejaba treinta millones de pesos al año, y una de cacao nos deja seis millones, pero nos da tranquilidad*, dice Hubernei Espinosa, que tiene siete hijos para mantener.

Cuando se escribió esta historia, a finales de julio del 2009, los cacaoteros esperaban dieciocho millones de pesos que entregaría la Alcaldía de Cartagena del Chairá, quince más de la Gobernación del Caquetá y otra parte de la ONU, para reunir los cuarenta y cinco que necesitan para reabrir la procesadora de cacao. Ya no en Remolinos, sino en una casa cerca al muelle de Cartagena del Chairá, que les dejó comprada el padre Jacinto.

*Él nos dijo que con la fábrica de chocolate iba a pasar lo que pasa con los hijos, que hacen la primaria y el bachillerato en el pueblo, pero que para progresar salen de él hacia la universidad*. El recuerdo es

de Jairo Ortiz, vicepresidente de Chocaguán, que antes se oponía a que la fábrica navegara lejos de Remolinos.

Los cargamentos de chocolate que se tragó el río, lo que vale sacarlos de ese puerto hasta la capital del país, adonde insisten en llegar, terminaron por convencer a otros que también se resistían.

Hacer entender esto a la Junta de Acción Comunal, que se opone a dejar salir a Chocaguán de Remolinos —porque esta es «el símbolo del caserío»— es la nueva batalla en la que dejé a esos cacaoteros invisibles en Bogotá. Hombres y mujeres que en tierras muy lejanas de la capital —a una hora de avión, tres y media de carretera y seis de río en lancha rápida— han batallado veinte años contra ellos mismos, y contra sus fantasmas, para cambiar la coca por el cacao.

## LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO

JOSÉ NAVIA<sup>1</sup>

La Guardia Indígena del Cauca recibió también el Premio Nacional de Paz en 2004. Durante ese año este proyecto se consolidó y le mostró al país el valor de la movilización colectiva pacífica a través de las mingas, y de su labor cotidiana en defensa de su territorio.

<sup>1</sup> Pendiente biografía